

Seminario “Enseñar, orientar..., y pensar la profesión”

(Marzo-mayo, 2020)

## TEMA 4.- Una práctica interesada en la teoría

### Textos 2 y 3

ROZADA MARTÍNEZ, José María: *Enseñar, y pensar la profesión. Autobiografía de un docente*. Autoedición, Oviedo, 2019 (Distribuye: [www.cambalache.org](http://www.cambalache.org))

(Perdón por la disposición un tanto alterada de los textos, sobre todo de los espacios, pero son la consecuencia de sucesivas conversiones, primero del pdf. original a Word para poder modificarlo, y después del Word al pdf. actual. Los textos, sin embargo, aparecen ordenados y completos para su lectura sin problemas)

## 2

### Una actitud indagadora

En las carpetas donde guardo mis clases preparadas hay numerosas notas manuscritas y otros documentos que acreditan no solo una buena disposición a escribir, sino también una preocupación por saber más acerca de lo que estaba haciendo. Un saber que no buscaba solamente en los libros, sino también mediante la confrontación entre lo que estos decían, lo que yo pensaba y las situaciones de la práctica. Por medio estaba una permanente actividad reflexiva.

Guardo documentos de planificación donde ya de partida expresaba dudas que debía ir aclarando; memorias de la asignatura que recogen rectificaciones de aspectos que no resultaron como esperaba; preguntas a las que se había de buscar respuesta, sin prisa, sin angustia, cuando pudiera; informes descriptivos de la marcha de las clases; notas

tomadas de manera sistematizada, junto a otras manuscritas a vuelapluma al final de una clase, a veces en el transcurso de ella para que la idea no se perdiera; grabaciones en audio para ser escuchadas fuera ya del escenario del aula, con tiempo para pensar detenidamente sobre lo que en ellas se escuchaba, por ejemplo, las respuestas de mis alumnos a la hora de explicar un concepto. “Los cleros”, recuerdo que decía uno de ellos al ver representada la Iglesia por unos hombres con sotana, lo que evidenciaba sus dificultades para pa



sar, aunque fuera de manera muy elemental, del referente objetual (la persona) al conceptual (el estamento). Y a eso le daba yo vueltas y vueltas en casa, en lugar de dejarlo en anécdota, y acaso alimentar con ella alguna de esas “antologías del disparate” que tanto divierten al gremio.

A ello se han de sumar los trabajos dirigidos a los alumnos de prácticas, además de las clases preparadas para la facultad o de las notas escritas al margen o al pie de las páginas de los libros y artículos que leía, así como los numerosos esquemas que hacía para entender y articular ideas o plantear nuevas formas de desarrollar un tema. En fin, registros de distinto grado de formalidad que dejan claro que el autor estaba altamente interesado en el desarrollo de su profesionalidad o, lo que es lo mismo, de su pedagogía, es decir, que consideraba que estaba en camino, no que hubiera llegado a final alguno.

Todo eso era coherente con aquella idea del “profesor investigador” que suscribía. Bien es verdad que nunca me la planteé como, por ejemplo, proponía y llevaba a cabo mi colega y amigo César Cascante, siendo yo mucho más partidario de no sistematizar tanto como él y sus grupos hacían, conformándome con mantener una actitud indagadora. Escribía mucho, sí, pero no me gustaba hacerlo por prescripción de nadie, ni de los técnicos de la Administración, tan dispuestos siempre a pedir papeles, ni de los investigadores académicos, que han de ceñirse a los estrictos protocolos que exige la comunidad científica correspondiente. Investigaba a mi manera, sin preocuparme de que mi trabajo fuera homologado por instancia superior alguna, de ahí que la inmensa mayoría de mis notas duerman amontonadas en carpetas o en ficheros sin haber buscado jamás una rentabilidad académica.



hablamos constantemente, conjeturando acerca de su existencia, pero que, cuando las intentamos capturar, se vuelven volátiles, oscuras, inasibles.

Voy a poner solamente un ejemplo. Había formulado entre mis principios de actuación debidamente argumentados el del entendimiento de la enseñanza pública en términos de solidaridad, cooperación y comprensividad, y esperaba encontrar evidencias de ello analizando las grabaciones de mi cámara. Observé entonces algo en lo que hasta entonces no había reparado: que mis alumnos no tenían el menor inconveniente en decir, sin temor alguno, que no sabían algo. Cuando fui estudiante, reconocer una cosa así era casi siempre la confesión de un fracaso, la asunción de una culpa y, muy probablemente, de una mala nota, sin embargo, el “no lo sé”, dicho con total naturalidad por mis alumnos (véase que en la plantilla se recoge que en la cinta XIX dicha expresión aparece en los cortes 1:27:00/1:27:30; 1:30:30/1:30:40; 2:31:44/...), constituía toda una evidencia de que quienes así se expresaban eran unos escolares distintos al que yo había sido, precisamente porque lo hacían posible ciertos cambios en la institución que los moldeaba como alumnos. Aquel principio teórico-ideológico que, junto con otros, formaba parte de mi pensamiento como profesor, tenía consecuencias prácticas; pero, a su vez, de manera reversible, la propia práctica, materializada en aquel frecuente y confiado “no lo sé” de mis alumnos, se convertía en un criterio de acción y de observación que bien pudiera formularse así: *si consigues que tus alumnos no sientan que la escuela está para sancionarlos por lo que no saben sino precisamente para enseñárselo, no tendrán inconveniente alguno en decir “no lo sé” cuando ignoren algo.*

Aquel “no lo sé”, como hecho y como futuro criterio de acción y de observación, era lo que a mí me parecía una especie de partícula elemental fruto de la fusión de la teoría y la práctica. En la elevación de aquellas tres palabras a criterio de observación había tanto de una como de otra.

Todo aquello llevaba su tiempo, en efecto, pero hacía que me sintiera un buen profesional, ocupado en desentrañar en el laboratorio de mi casa algunos aspectos de mi trabajo.

Siempre he pensado que nada de esto hay que esperar que lo promueva, lo pague o lo reconozca el Estado, sino que es algo que solamente se puede hacer si uno se siente identificado y comprometido con su profesión. Para lo cual no es necesario tener eso que llaman vocación, sino el deseo de apropiarse en toda su extensión y profundidad del trabajo que se realiza.



## Otros ojos

Saberme observado en mis clases me producía, no voy a negarlo, la satisfacción que da el mostrarse haciendo las cosas que uno tiene por acertadas, pero también suponía exhibir las debilidades, los errores, los defectos de los que uno, generalmente, ya sabe. Tanto por lo uno como por lo otro, la mirada de las personas que durante un tiempo se sentaban en mi clase alentaba de manera extraordinaria la reflexión sobre mi trabajo. Además, puesto que quería observadores con criterio y por lo tanto hablaba largo y tendido con ellos antes y después de las clases, su presencia motivaba una explícita reflexión por mi parte sobre lo que pensaba y hacía.

Procuraba que mis mejores alumnos de Magisterio o Pedagogía hicieran sus prácticas en mi aula. Por razones burocráticas no siempre era ello posible, pero algunas veces lo conseguía. En la primera foto están Verónica y María, integradas en la tertulia que montábamos a primera hora de la mañana y en algunos otros momentos del día, sentándonos delante de las mesas para que la comunicación fluyera de la manera más coloquial posible. Como cuando Moisés, que es el niño que en el momento de la instantánea está hablando conmigo, me dijo que no podía exigirle que supiera la tabla de multiplicar tan bien como yo la sabía, “porque usted es un profesional y yo no”, y se quedó tan convencido. En la segunda está Chantal, de la que guardo su excelente trabajo artísticamente manuscrito. En la siguiente está Mayka, tan buena alumna que en cuanto tuve ocasión la hice debutar en la Escuela de Familias dando una charla sobre cómo los medios de comunicación podían llegar a alienar las mentes hasta producir serios trastornos alimentarios en las personas,



un tema sobre el que ella había trabajado y dominaba perfectamente. En la siguiente, Alejandro me interroga y yo le explico para ayudarlo a relacionar lo que ocurre en clase con lo que el profesor piensa.

No tengo imágenes ni trabajos de todos los que por allí pasaron, pero las fotos de Consuelo, Abel, Borja, Ana Belén y Nuria, creo que los pueden representar perfectamente. Quiero mostrarles a todos, también a aquellos de los que me faltan datos para poder citarlos aquí, mi reconocimiento por la influencia positiva que tuvieron en mi vida profesional a través de su presencia en ese escenario de esa pedagogía real que es el aula.

Pero no solamente se sentaban en mis clases los alumnos de prácticas, sino también algunos de mis colegas. Entre las fotos que guardo están las de Elena Pérez, Isabel, Lara y Elena Fernández, que venían a prestar apoyo a los alumnos que más lo necesitaban. Se integraban en la clase con la mayor discreción, como si quisieran hacerse invisibles. Yo sabía bien, sin embargo, que manejaban ellas valiosos saberes de los que yo carecía, lo que hacía que me sintiera más obligado ante su atenta mirada, por amable que esta fuera, que lo fue, lo mismo que sus juicios hablados o escritos, que tanto me reconfortaban por venir de quien venían.

# COMENTARIO

Se trata de algunas de las muchas páginas de mi autobiografía profesional en las que me refiero a cómo y con qué interés llevaba a cabo una permanente actitud de observación reflexiva de mis prácticas de aula, a veces de manera muy sistemática, otras no tanto, pero siempre procurando situar una parte de mi trabajo en eso que en el texto enviado como nº 1 sitúo como “prácticas de segundo orden”.

Los textos han de leerse como una aportación autobiográfica, en la línea de lo que se pretendió establecer como recurso que íbamos a utilizar en nuestros encuentros para favorecer el intercambio de ideas y prácticas, tal como nos propusimos hacer desde el comienzo del seminario. Otra cosa es que dicho propósito solamente en muy pequeña medida hayamos conseguido llevarlo a cabo.